

JOSÉ MANUEL SUÁREZ

Las venas
del alma

«Que en pan crecía»

Calima Ediciones

150 páginas. 10,5 euros



Una marcada voluntad de misticismo, sin huella subjetiva ni mácula verbal ni temporal algunas, orienta la poesía de José Manuel Suárez, quien para refrendar esa asumida vocación —con títulos tan significativos como «En sigilo de llama» (Adonais, 1994), «Desde más luz» (Calambur, 1996) y «La tierra en tantas manos» (Fundación J. Guillén, 1998)— omite en la solapa sus datos personales. Siete cantos autónomos, pero hilvanados por ese puro afán de comunión mística en el umbral de lo blanco y con gran rigor formal y métrico —con predominio de endecasílabos y alejandrinos, y aún uno de los capítulos en sonetos—, componen el vía crucis de «Que en pan crecía». Su poética es tan nutrida y nutritiva como el título a que alude el libro: un pan que reaparece a cada poema-jornada de la peregrinación. Por una vez —nos explicará el autor en el epílogo— el diccionario se muestra poético, al definir un término como «incendio»: «Fuego grande que abrasa lo que no está destinado a arder»... «Acaso así podríamos describir la esencia de la poesía». Entre tanto balbuceo como hay hoy en día, una definición así no debería pasar desapercibida. Tampoco el bello y elemental legado de Thomas Merton que el autor asume como suyo: «Tengamos el orgullo de no ser expertos en nada. Tengamos el orgullo de las palabras que no se dan para nada; no para enseñar a nadie, no para refutar a nadie, no para demostrar que nadie sea absurdo, sino para señalar, más allá de todos los objetos, el silencio donde no se puede decir nada».

Estamos, pues, ante una poesía de ofrenda y de plegaria, y de inusitada celebración del mundo. Una poesía que intertextualiza a la vez con Paul Celan y San Juan de la Cruz, y a ratos se agrava también con los ecos reflexivos del último Aleixandre, pero para bendecir, a la postre el trozo de pan con nítida y sencilla gratitud franciscana. Por entre la monotonía de la accésis mística surten destellos de gran elocuencia aforística, como: «Ventanas sin tus ojos son tus muros armados»; «No vuelve lo que fue, pero ha crecido»; «El alma no se esconde. Se levanta / Para seguir cayendo en lo encontrado»; «Tienes, alma, la muerte más vivida»...

Antes de dejar en tablas la partida del alma, hay aquí y allá, como el sístole y el diástole de sus venas dejadas, un tiempo para la convulsión: «No termina el camino. Mas adentro / De la extensa planicie donde acaba / Todo sentir presente, se desbocan / Cordilleras por ver contra la altura / Que vuelven del revés los pasos dados!; y otro tiempo para la mansedumbre: «Los brazos de la edad / Los oros no gozados / Serenan sin fatiga sabiamente».

Antonio PUENTE